

El sueño del lagarto naranja.

Aquella mañana pareció ser un buen día para encontrar un hogar. Caminar, a la luz del Sol del mediodía era placentero. Los días habían sido un tanto impredecibles, con cierto carácter vanidoso, con brisa, sol, e incluso, lluvia. Era complicado no errar, hablando del clima que podría esperarse para determinada hora. Sin embargo, aquel animal que disfrutaba frotar su estómago de vez en vez en la calidez de la tierra hirviendo, mientras caminaba por ahí, se percató que tenía un sueño –si es que eso era posible para un animal de su grupo *taxonómico*–.

Jamás había escuchado que un lagarto, o un reptil de cualquier especie, hubieran tenido alguna vez un sueño... Añoraba poder hallar un sitio para estar, para detenerse, colocarse en alguna posición corporal determinada, y dejarse bañar por la calidez y el brillo del Sol naranja, mientras sus escamas relucían graciosa y elegantemente, obsequiando al mundo una silueta de Felicidad y Plenitud.

Al mundo le hacía falta disfrutar la Vida, a sus habitantes rencontrarse a sí mismos en la belleza de una mañana despejada y azul, aunque el sueño de ese peculiar lagarto fuera en tonalidad naranja...

Eso –pensó– era tan irónico. La copa de un árbol llamó su atención, en ese momento. Lo alto del follaje, en contraste con los altos muros, y los destellos de tres ventanas, que jugaban con los rayos del Sol que caían sobre ellas. Los frutos de ese árbol, grandes, de tonalidad verde-amarilla suave (diminutas e inmaduras piezas saliendo aún de las flores), y de textura aterciopelada, se movían a tono con la brisa que comenzaba a soplar en esos momentos.

Se acercó cautelosamente. No deseaba toparse con un animal de grande mandíbula, o de dientes afilados, que lo sorprendiera y se lanzara tras de él, con los sonidos de mordidas arriba de su cabeza. Pero no. Ese patio, delimitado por muros cerrados, salvo el muro sur, con altos postes verticales metálicos de color gris que tenían huecos entre ellos, era tan sereno.

No había perros, gatos, ni otro animal que pudiera representar un riesgo. El lagarto no terminaba de comprender por qué a los humanos les gustaba tener animales que les hicieran compañía.

La brisa podía escucharse claramente entre las ramas del árbol, generando además un silbido peculiar al atravesar los barrotes por los que el lagarto se asomaba, cuidadosamente. El pasto era verde, brillante. El árbol de durazno se hallaba al centro, radiante. El patio, en su parte posterior, era aún mayor, y se abría hacia el fondo, brindando una enorme superficie con piso cerámico oscuro, para tomar el Sol en un amplio horario, por las mañanas, que era la hora en que el lagarto más disfrutaba asimilar los rayos del Sol, a lo largo de sus escamas en tono metálico, grises y verdes.

Cerró los ojos para visualizar íntegramente su sueño... de color naranja. Cuando los abrió, descubrió una intensa gama de colores que bañaban los diversos muros de ese peculiar espacio, entre rojo brillante, azul celeste, blanco tonalidad perla, y amarillo mostaza, que cautivaron sus pupilas *reptilianas*. Comprendió que existían más colores que el naranja, color al que quizá desarrolló una fijación psicológica por sentirse despertado por los rayos solares del amanecer.

¡Qué hermoso espacio! ¡Qué bella gama de colores! Los rayos del Sol brincaban y rebotaban a lo largo y ancho de ese patio enorme, forrado de muros pintados en múltiples colores. Sus ojos se hicieron grandes, como platos. Al fondo del patio, encontró unas elegantes escaleras en piedra blanca, a las que trepó con gallardía, descubriendo con alegría que el Sol iluminaba de manera directa aquellas piezas. Era tan placentero sentarse y quedarse completamente estático, con los ojos entrecerrados, sintiendo la Vida acontecer, maravillosamente. Cuando abrió los ojos –de nuevo–, una mirada atenta, asombrada y fija, se había posado en él. Un humano, de gran altura y cabellos café, despeinados por la brisa, se encontraba a escasos pasos de él.

Al parecer había salido de su departamento, descendido las escaleras, y topándose con la figura del lagarto, permaneció inmóvil por la sorpresa de ver a semejante criatura ahí, grácil y con tal porte. El lagarto, en vez de salir corriendo, como normalmente haría un animal de su naturaleza, le devolvió al hombre la intensa mirada. Las pupilas del hombre y del animal se dilataron en cuanto tuvieron contacto, y –en un evento sin precedentes para el reptil y para el hombre– logró mirar dentro de los ojos del humano, y descubrir que éste también tenía un sueño, como él, sólo que de color verde. Verde como las escamas del anverso del reptil. ¡El único color que no tocaba superficie alguna en los muros de ese espacio único! El animal sonrió ampliamente.

Su sueño en color naranja. Naranja como la tonalidad del Sol. El lagarto jamás había visto a los colores integrarse de esa forma, como en ese espacio. Naranja, el único color que lo hacía sentirse feliz, pero ahora completamente pleno al combinarse con otros colores. ¡Había todo un mundo más allá de la simple figura del Sol! Estuvo casi seguro que su sombra, la que se proyectaba en el suelo en ese momento, era naranja, como su sueño.



Cuando el hombre recuperó la movilidad tras la sorpresa, el lagarto ya había corrido al jardín. Mentalmente, el hombre le había otorgado permiso para vivir ahí. ¡El color verde brillante del lagarto lo había cautivado, y deseaba que morara en ese espacio de colores, para brindarle Vida! Lo primero que hizo el lagarto, fue correr todo alrededor, y buscar el sitio donde *hibernaría* por meses, una vez que el Invierno llegara. No cabía de gusto. Y es que, cuando un lagarto busca un sitio para hibernar, significa que ha encontrado al fin un lugar al que llamar su hogar hasta el fin de sus días. Halló una concavidad profunda en la base del muro rojo, exactamente delante del árbol que se hallaba al centro del jardín. Desde ahí, al despertar tras su letargo de meses, podría mirar la Belleza del espacio con todos sus colores, incluido el color del Sol, bañándolo todo, radiantemente. Estaba feliz. Miró al cielo. La brisa soplaba refrescando el ambiente. El Sol, asomando tímidamente por el costado Oeste. El lagarto se dispuso a vivir su primer ocaso, en su hogar.

Por fin había encontrado su sueño color naranja.

